

EL CAMBIO EN POBLACIONES RURALES HISPANAS

Los hispanos de Nuevo México

por Alfredo Jiménez Núñez

Es hoy claramente observable en el mundo un proceso que afecta a una gran parte de su población, aunque con resultados e intensidad diferentes en cada caso. Este proceso comprende un triple fenómeno de creciente desarrollo económico, urbanización e industrialización que no son fáciles de separar en la práctica y que parecen conducir a unas mismas formas de vida a escala mundial. El factor económico aparece como fundamental y primario en el proceso pero lo económico influye siempre y de inmediato sobre otros aspectos que son más propiamente sociales y culturales, lo que justifica el interés de estas cuestiones para sociólogos y antropólogos. Los efectos de este proceso se perciben de manera espectacular en regiones y países en vías de desarrollo y alcanzan muy especialmente a la población campesina, tanto a la que emigra como a la que permanece en el campo.

Quiero llamar la atención en el presente trabajo sobre este último sector que, en definitiva, está viviendo un fenómeno claramente antropológico como es la crisis de la sociedad y cultura campesinas bajo el impacto del desarrollo tecnológico y económico. No se trata, por supuesto, de un fenó-

meno nuevo, aunque sí es una novedad su velocidad y magnitud a partir de la segunda guerra mundial. Es cierto que el verdadero desarrollo y la industrialización sólo alcanzan todavía a unos cuantos países pero este proceso eminentemente económico en su raíz está afectando profundamente a la población campesina en virtud de una economía cada vez más universal y de nuevas técnicas de comunicación que han roto el aislamiento típico del mundo rural. Grandes contingentes de campesinos marchan hoy a los centros urbanos e industriales de su país o del extranjero obligados por la crisis de la agricultura tradicional y atraídos por la imagen de la vida urbana. Pero el impacto de las nuevas circunstancias se deja sentir también en la población que permanece en el campo como resultado de la nueva organización económica, la diferente demografía establecida por la emigración y la influencia que se ejerce en su mentalidad a través de los nuevos medios de comunicación de masas y de los emigrantes que regresan.

Esta nueva situación a la que se enfrentan grandes masas de población campesina constituye un interesante campo de observación y análisis para antropólogos y sociólogos. La universalidad de estos fenómenos y su variedad interna ofrecen una excelente oportunidad para profundizar en la naturaleza de la cultura campesina y en la teoría del cambio cultural. Esta empresa exigirá, por supuesto, un buen dominio de la situación empírica a base de estudios concretos y una correcta conceptualización de los problemas de tal manera que las distintas elaboraciones teóricas estén dentro de un marco común de referencia (1). El estudio comparativo de

(1) El problema de la diferencia en los métodos y en los conceptos entre antropólogos de diferentes países o «escuelas» se observa en otros muchos aspectos de la investigación y es un obstáculo para la buena comunicación entre ellos. Ver sobre esta cuestión referida a la antropología americana y la etnología europea: Hultkrantz, Some remarks on contemporary European ethnological thought, *Ethnologia Europaea*, vol I, núm. 1 (1967), páginas 38-44. Creo, no obstante, que la desaparición de muchos pueblos primitivos y el interés de la antropología por la cultura campesina convierten a estos estudios en una excelente base común para el acercamiento. Si se tiene en cuenta que las culturas campesinas de Iberoamérica deben mucho a la tradición cultural de la Península Ibérica y en última instancia al Mediterráneo y a Europa, la ocasión es propicia para el desarrollo de conceptos e instrumentos de análisis que sean comunes e inteli-

poblaciones campesinas dentro de una gran área cultural —y no a escala mundial— supone en este sentido un objetivo de alcance intermedio que puede ser muy útil para elaboraciones más teóricas y de superior nivel.

Todos estos requisitos parece cumplirlos el mundo de habla española cuya población se define en su mayoría como campesina y subdesarrollada. La enorme extensión de este área y su diversidad relativa permiten el estudio comparativo de sus regiones bajo unas condiciones de control excepcionales. Esta afirmación se basa en la suposición —que deberá confirmar o rechazar la futura investigación de campo— de que estas poblaciones tienen en común no sólo su condición de *campesinas* (con todo lo que el concepto implica socioculturalmente), sino un trasfondo cultural hispánico que es muy significativo incluso en poblaciones americanas fuertemente mestizas (2). La acumulación de estudios etnográficos concretos y la comparación sistemática entre regiones del mundo de habla española formarían una sólida base de información empírica; los datos proporcionados por la Península Ibérica —especialmente las regiones que más contribuyeron al trasplante cultural en el Nuevo Mundo— servirían de punto de referencia y control para las diversas situaciones dentro de Hispanoamérica.

En este trabajo presento una breve descripción del estado en que se encuentran los *hispanos* del norte de Nuevo México como una modesta contribución a la problemática general de la sociedad campesina. Este caso es muy particular por razones históricas obvias pero su misma singularidad puede servir para resaltar algunos de los puntos metodológicos y prácticos que se señalan en estas páginas. Debo advertir que el sombrío cuadro que ofrece este grupo se debe en parte al enfoque del trabajo, pero también responde a la realidad siempre dramática de una nueva situación impuesta

gibles a los especialistas de uno y otro continente, separados hasta ahora en gran parte por las diferentes situaciones empíricas que observaban.

(2) El momento presente es óptimo para descubrir y precisar —si es que existe en América— un patrón cultural hispánico sobre la base de que las situaciones críticas creadas por el cambio ponen de relieve ciertos rasgos culturales que no son fácilmente observables en situaciones más estables.

desde fuera sobre una población marginal. Este es uno de los aspectos más graves del proceso a que me estoy refiriendo y al cual no se presta toda la atención que merece. Incluso los proyectos que tratan de iniciar o acelerar el progreso económico fijan generalmente su atención en los objetivos a largo plazo y en la población incorporada a la vida urbana e industrial sin reparar igualmente en los problemas de la población rural que lucha desde su tierra por adaptarse a las nuevas circunstancias.

LOS HISPANOS DE NUEVO MEXICO

El estado de Nuevo México tiene una superficie de 121.666 millas cuadradas y una población, según el censo de 1960, de 951.023 habitantes. Para reducir estas cifras a una escala europea basta la comparación con un país como Italia que es algo inferior en tamaño pero posee una población cincuenta veces mayor. Nuevo México fue para España y para la república de México un área marginal de difícil y peligroso acceso a causa de la distancia, la naturaleza del terreno y la hostilidad de los indios. Nuevo México es hoy también una tierra marginal dentro de los Estados Unidos en razón de su posición en el extremo suroeste del gran rectángulo de la nación aunque los modernos medios de comunicación y transporte han salvado todos los obstáculos naturales para el contacto y la integración; sin embargo, sigue siendo marginal en lo económico, lo social y lo cultural respecto al país en su conjunto y a los grandes núcleos industriales y urbanos del este, el medio oeste y la costa del Pacífico.

El estado de Nuevo México —y en general el llamado «Suroeste» de los Estados Unidos— presenta unas características que hace tiempo dejaron de ser típicas de este país o están hoy en abierto contraste con la imagen global que de él se tiene formada. Tales características son la existencia de grupos étnicos autóctonos o muy anteriores a la llegada de los *anglos*, como son los indios pueblo, apache y navajo y los *hispanos*; el predominio de la vida rural sobre la urbana y unos índices de población, instrucción, salud, economía, etc., muy inferiores a las medias nacionales.

La ciudad más importante de Nuevo México es Albuquerque con unos 275.000 habitantes; ninguna otra llega siquiera a los 50.000. La explotación del subsuelo de donde se obtiene petróleo, gas natural, uranio, etc.; el establecimiento de bases militares o instalaciones de investigación y experimentación como Los Alamos y Alamo Gordo relacionadas con la fabricación y explosión de la primera bomba atómica; el desarrollo del turismo sobre la base de una hermosa naturaleza, un clima privilegiado y una pintoresca población indígena, son las principales razones de una creciente afluencia de anglos a Nuevo México que en cierto modo perpetúan la tradición de una frontera y un «lejano oeste» donde el anglo encuentra amplitud de espacio y oportunidades para su espíritu emprendedor y ambicioso.

Definición de los hispanos como grupo étnico

En la región más septentrional del estado vive una población de habla española que por un conjunto de circunstancias y características es posible distinguir claramente de otros grupos étnicos del Suroeste e incluso de los núcleos de mejicanos tan abundantes en otras regiones (3). En efecto, esta población descende de los conquistadores y colonos que se establecieron definitivamente en Nuevo México después de la reconquista del territorio por De Vargas en 1692, es decir, en pleno período español. La independencia de América supuso para esta población su adscripción a la república de México, pero esta situación duró sólo unos años ya que la guerra entre la joven república y los Estados Unidos de América del Norte significó un nuevo cambio de régimen al quedar anexionado Nuevo México como territorio de la Unión en 1848. Por último, este territorio se convirtió en 1912 en el estado número 47 de la Unión. Así finalizaba un largo proceso político en el que nunca tuvieron participación efectiva estos

(3) Aparte de un breve recorrido por el Suroeste a principios de 1959, mi experiencia sobre este grupo es resultado del trabajo de campo realizado en este área de julio de 1964 a marzo de 1965. Desde estas páginas agradezco al American Council of Learned Societies la concesión de una beca para estudios e investigación que me permitió permanecer en los Estados Unidos desde septiembre de 1963 hasta abril de 1965.

descendientes de españoles que en la práctica vivieron ignorantes de tales vicisitudes aunque no de sus consecuencias.

Doy el nombre de *hispanos* a estos habitantes que durante siglos vivieron aislados en las remotas tierras del norte de Nuevo México y sur de Colorado ya que los términos de «mexicano» que ellos mismos utilizan entre sí o los términos de «*Spanish*» y «*Mexican*» que usa la población de habla inglesa son equívocos porque se aplican también a otros grupos de habla española muy diferentes; el término «*Mexican*», tal como lo usan los anglos de la región, resulta además insultante para los hispanos quienes a la hora de las precisiones les gusta decir que ellos no son más que «americanos de origen español», expresión totalmente exacta tanto en sentido histórico como cultural, pero demasiado larga para un uso frecuente. Prefiero por todo esto el término *hispano* —también corriente entre ellos mismos— porque tiene un claro matiz cultural, único factor que todavía hoy permite una legítima diferenciación con el resto de la población norteamericana.

Los ascendientes de los actuales hispanos se dedicaron al cultivo y a la ganadería, se organizaron en aldeas y con el tiempo desarrollaron unas formas de vida que eran una efectiva adaptación a un medio montañoso y árido y a unas circunstancias extremas de marginalidad y aislamiento. Sus únicos vecinos fueron durante siglos los indios pueblo del Río Grande y los belicosos comanche de las praderas; su única experiencia de la vida urbana se la proporcionaba la ocasional visita a la capital de la gobernación, Santa Fe, que todavía hoy no ha alcanzado los 50.000 habitantes; su único contacto con el exterior fue durante el siglo XVIII la caravana anual que llegaba desde el Viejo México. Pero lo que resulta más significativo de esta población es que estas mismas circunstancias se mantuvieron básicamente a lo largo del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, pues puede decirse que solamente a partir de la segunda guerra mundial se rompe el aislamiento con la salida cada vez más frecuente y a mayores distancias por parte de los hispanos y la penetración, también cada vez más intensa, de anglos que se establecieron en el corazón del área hispana. Una situación que había permanecido bastante estable durante siglos, ajena a los grandes

cambios políticos y a los fenómenos socioculturales y económicos que vivía la nación, comienza a transformarse en los últimos años por el contacto directo con una cultura distinta de la que son portadores los anglos. Al mismo tiempo, el norte de Nuevo México empieza a sufrir otros efectos más generales que son consecuencia de los procesos de desarrollo económico, industrialización y urbanización que hasta ahora no se habían hecho perceptibles en este rincón del gran país.

La tradicional aldea agrícola había permitido a los hispanos llevar durante generaciones una vida culturalmente distinta y económicamente autónoma. Bajo las nuevas circunstancias esta situación entra en crisis ya que la aldea hispana no es solamente una unidad de población sino toda una forma de vida, es decir, de organización social y de cultura que no puede existir fuera de su propio contexto. Es precisamente esta nueva situación en que se encuentran los hispanos del norte de Nuevo México la que quiero considerar en estas páginas con especial referencia a los factores socioeconómicos y dentro del marco que supone la transformación de la vida rural en el mundo de hoy (4).

Situación socioeconómica de los hispanos

La población que he definido como *hispana* se concentra hoy en varios condados del norte de Nuevo México en los cuales todavía constituye mayoría numérica y actúa como un grupo étnico claramente identificado. Los datos y comentarios que siguen se referirán exclusivamente a este área geográfica que ha estado habitada por hispanos desde los comienzos de la colonización española y a la que los anglos no han penetrado en número significativo hasta los años de la segunda guerra mundial. Prescindo a efectos de concisión y homogeneidad en los datos de otros hispanos como los del sur de Colorado o los que han emigrado a las grandes

(4) Para otros aspectos de la sociedad y cultura de los hispanos ver los siguientes artículos y la bibliografía allí recogida: Jiménez Núñez, La cultura española en el norte de Nuevo México, *Anales de la Universidad Hispalense*, vol. XXVI, 1966, pp. 13-31; Jiménez Núñez, Panorama etnológico de la presencia española en el Suroeste, *Revista de Indias*, Madrid (en prensa).

ciudades. La tabla I incluye los condados de Nuevo México más típicamente hispanos con indicación de sus cifras de población según los censos de 1940, 1950 y 1960 (Ver también fig. 1). Dentro de este área está Santa Fe, capital del estado, que contaba según el último censo mencionado con una población de 33.394 habitantes, en buena parte anglos; también se incluye el minúsculo condado de Los Alamos que comprende la ciudad del mismo nombre con las famosas instalaciones de investigación atómica. Los Alamos, con una pobla-

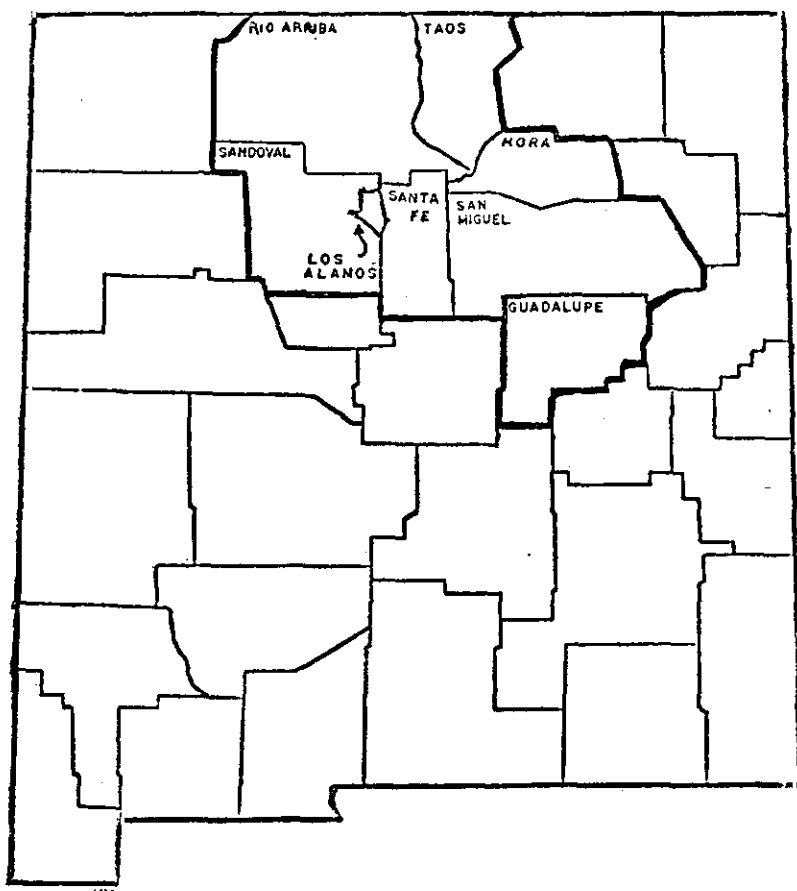


Fig. 1. Mapa del Estado de Nuevo México con su división en condados. Se destacan los condados que forman el área hispana a que se refiere este artículo.

ción de más de 13.000 habitantes es un islote anglo nacido durante la segunda guerra mundial y fuente inmediata de cambios socioculturales y económicos muy importantes para la población hispana del área. Completan la población del área indios pueblo y apache que habitan en varios pueblos dentro de los límites de sus reservas.

Entre las diversas notas que pueden contribuir a una mejor comprensión de la situación demográfica y étnica del área comprendida en los condados de la tabla I pueden destacarse las siguientes:

TABLA I
Población del norte de Nuevo México

Condados	1940	1950	1960
Río Arriba	25.352	24.997	24.193
Taos	18.528	17.146	15.934
Mora	10.981	8.720	6.028
San Miguel	27.910	26.512	23.468
Santa Fe	30.826	38.153	44.970
Guadalupe	8.646	6.772	5.610
Sandoval	13.898	12.438	14.201
	136.141	134.738	134.404

a) Solamente Santa Fe, Los Alamos y Las Vegas superan la cifra de 2.500 habitantes que en los censos de los Estados Unidos marcan la división entre comunidades rurales y urbanas (5).

b) Solamente en los centros urbanos conviven anglos e hispanos y en ningún caso la población india convive con cualquiera de los otros dos grupos étnicos.

(5) Sigo utilizando las cifras del censo de 1960. Española, en el condado de Río Arriba, adquirió posteriormente la categoría de ciudad e incorporó varias zonas que le permitieron alcanzar una población de más de 4.000 habitantes, de los cuales la mitad aproximada son anglos. En un trabajo inédito titulado *The Hispanos of North-Central New Mexico. A Study in Assimilation* considero en extenso esta ciudad que es un claro exponente y resumen de la situación creada en las últimas décadas por la afluencia de anglos al norte de Nuevo México.

c) Los Alamos es una ciudad casi netamente anglo a la que los hispanos e indios acuden diariamente para trabajar, mientras la mayor parte de la población hispana vive en sus tradicionales pueblos y aldeas o en sus ranchos más o menos aislados.

d) Por su parte, la población india se concentra en los típicos *pueblos* que les dio nombre y a los cuales los hispanos y los anglos llegan solamente de visita.

e) Pese a esta complejidad étnica no existe conflicto abierto ni violencia entre los grupos, aunque sí hay una clara evitación mutua y una falta de relaciones primarias que eliminan muchas oportunidades de choque pero contribuyen a perpetuar las distancias. En resumen, las tradicionales comunidades del área siguen siendo claramente indias o hispanas por su composición étnica y fuertemente rurales por su tamaño; el anglo representa el elemento más reciente y aunque es abundante y hasta mayoritario en otras regiones del estado, está todavía en minoría en la región arriba delimitada.

Los hispanos del norte de Nuevo México quedan recogidos en el censo de 1960 bajo la expresión de «blancos con apellido español», criterio que permite obtener una cifra muy exacta al no existir en el área ningún otro grupo de ascendencia española con el que pudieran confundirse. Según esta clasificación son hispanos 82.081 individuos de un total de 134.404 que habitan en el área a que me vengo refiriendo. Si se tiene en cuenta, una vez más, que los indios viven dentro de sus reservas con arreglo a un régimen político, jurídico y económico que en gran parte les es propio y exclusivo y que los anglos se concentran en unas cuantas comunidades y dominan el comercio y la pequeña industria, resulta evidente la posibilidad y la legitimidad de tratar a los hispanos como una entidad sociocultural claramente distinguible y analíticamente independiente de las otras agrupaciones étnicas; además, hablar en el norte de Nuevo México de los hispanos es hablar de vida rural y de su problemática. Por supuesto que los hispanos no viven en el vacío, pero es precisamente en el terreno de los *problemas* donde estos hispanos se insertan en los niveles socioculturales superiores como son el estado y la nación; su situación actual es en gran medida consecuen-

cia de las circunstancias históricas que ha vivido Nuevo México respecto de España y de la Unión y los problemas que hoy vive esta población caen dentro de ese gran proceso que afecta al mundo rural por influencia de un mundo urbano cada vez más dominante.

Como ya se ha dicho, la economía de los hispanos se basó desde su principio en la ganadería y la agricultura. En una primera época la corona española concedió *mercedes* de tierra de gran extensión cuya propiedad han ido perdiendo los hispanos a manos de los anglos. La reducción de los terrenos cultivables y de pasto, la crisis general de la agricultura que fue particularmente aguda en los años de la *depresión* y el aumento de las necesidades a satisfacer en una sociedad de consumo, son causas principales en la decadencia de la tradicional base económica de los hispanos. La explotación del pequeño terreno propio ya no requiere el trabajo de todo el año pero tampoco produce los ingresos necesarios para adquirir tantas cosas como ofrece el mercado norteamericano. En otras épocas, el bajo nivel de necesidades vitales de los hispanos y un sistema de trueque dentro de la región les permitían casi una completa autonomía. Ahora, por el contrario, el hispano debe buscar trabajo permanente o temporal fuera de su tierra y este hecho queda claramente reflejado en las estadísticas.

El norte de Nuevo México viene sufriendo en las últimas décadas una disminución de población que contrasta con la tendencia general del estado. Esta pérdida resulta todavía más significativa y grave por lo que se refiere a los hispanos ya que son ellos los que abandonan su región en busca de oportunidades de trabajo mientras aumentan los anglos procedentes de otros estados. La entrada de anglos casi compensa las pérdidas en población causadas por la emigración hispana y en pocos años puede alterar la composición étnica del área y colocar a los hispanos en situación de minoría aritmética además de minoría sociológica. El número de hispanos en el norte de Nuevo México pasó de 1950 a 1960 del 71,6 al 61 por 100 y a la vista de las cifras totales del área para estas dos fechas (134.738 y 134.404, respectivamente) se observa cómo se estableció un número de anglos casi

exactamente igual al número de hispanos que la abandonó.

Otras facetas del problema general de los hispanos son la especial disminución de su población en las edades más productivas —de los 20 a los 40 años— y el abandono de la agricultura como actividad. Por otra parte, la emigración a otras regiones del estado o fuera de él no es suficiente para eliminar el desempleo que tiene su fundamento en la falta de especialización laboral de los hispanos —e incluso en su falta de instrucción escolar y dominio del idioma inglés—, lo que viene a explicar que los anglos de fuera encuentren trabajo mientras los hispanos tienen que emigrar o permanecer en situación de paro. La situación laboral varía a lo largo del año en relación con las faenas agrícolas y con la mayor o menor actividad en la construcción según la estación. La tabla II muestra la diferencia entre trabajo no agrícola y trabajo agrícola y las cifras de empleo y desempleo a lo largo del año 1964 en el condado de Río Arriba, que en muchos aspectos alcanza niveles más positivos que el conjunto del área. Los datos los obtuve personalmente en la Employment Security Commission of New Mexico, en su oficina de Española.

TABLE II
Datos laborales del condado de Río Arriba (1964)

	Trabajo no agrícola	Trabajo agrícola	Total de empleo	Total de paro	Censo laboral
Enero	2,629	950	3,579	1,522	5,101
Febrero	2,275	1,000	3,725	1,460	5,185
Marzo	2,900	1,010	3,910	1,200	5,110
Abril	3,150	1,000	4,150	975	5,125
Mayo	3,215	1,000	4,215	920	5,135
Junio	3,460	900	4,360	984	5,344
Julio	3,190	1,025	4,215	800	5,015
Agosto	3,170	1,200	4,370	600	4,970
Septiembre	3,040	950	3,990	700	4,690
Octubre	3,000	840	3,840	900	4,740
Noviembre	2,800	810	3,610	1,070	4,680
Diciembre	2,800	810	3,610	1,200	4,810

Las cifras aportadas hasta ahora permiten establecer en sus líneas generales la situación socioeconómica de los hispanos, la cual resulta especialmente dramática en un país de la prosperidad general de los Estados Unidos. Un recurso muy frecuente de esta población para hacer frente a estas condiciones de vida es el sistema de ayuda estatal o asistencia social (*public welfare assistance*) del que vienen dependiendo muchas familias en las últimas décadas y, particularmente, las viudas, ancianos y niños.

Los cambios producidos en la economía tradicional de los hispanos han repercutido en otras esferas como la organización social y el sistema de valores. La insuficiencia de la propiedad familiar para sostener a una gran familia, la necesidad de ausentarse en forma temporal o permanente en busca de trabajo, la creciente preferencia por los centros urbanos como lugares de mejores posibilidades económicas, el predominio de un trabajo remunerado en dinero y la superior valoración de la familia conyugal han llevado también la crisis a la tradicional familia extensa y patriarcal sobre la cual se organizaban las aldeas hispanas. La autoridad del sacerdote, del padre y de los ancianos en general ha perdido su enorme fuerza ante unas circunstancias y formas de vida nuevas.

Una institución que, sin embargo, parece resistir el paso del tiempo es la del *patrón* y la razón de tal supervivencia quizás esté también en la difícil situación económica de esta población. Pobreza, personalismo y discriminación étnica se aliaron para hacer del patrón un individuo de quien se depende y a quien se recurre en busca de solución para las más diversas necesidades. El hecho de que los hispanos sean todavía una mayoría numérica en los condados del norte de Nuevo México permite a algunos de ellos dominar la política de la región y controlar cierto poder y ciertas formas de ayuda que en vez de canalizarse a través de las instituciones se conceden sobre la base de una relación personal, que es la típica entre el *patrón* y su *cliente*; lo que debiera darse en justicia se ofrece muchas veces como dádiva o se dispone de algo caprichosamente para poder complacer a la clientela. Al coincidir hoy generalmente la figura del patrón con la del jefe político se produce el fenómeno del *caciquismo*, pues

la prodigalidad en los favores o la simple promesa son garantías de votos en el momento de las elecciones. En estas circunstancias podría decirse que ciertos políticos necesitan de unas condiciones socioeconómicas difíciles entre la población para mantener la razón de ser de su estatus.

Creencias y prácticas médicas

Uno de los aspectos más significativos de la realidad sociocultural que constituyen los hispanos es el de la salud y todo el complejo de creencias y prácticas relacionado con su conservación, pérdida y recuperación. Este complejo ofrece al menos tres facetas de particular interés dentro del presente trabajo: 1) La relación de los índices de sanidad con el nivel socioeconómico de los hispanos. 2) La relación existente entre el sistema general de creencias y valores —que en gran parte determina el comportamiento en el terreno de la medicina— y la herencia cultural española de esta población. 3) La importancia que la diferencia cultural entre los hispanos y los anglos tiene a la hora de intentar mejorar los índices de salud y de introducir conceptos y prácticas de la medicina moderna.

En las circunstancias de aislamiento y pobreza en que vivían los hispanos en la primera mitad del siglo la situación sanitaria era extremadamente grave. El predominio casi absoluto de una medicina popular, la falta de instrucción y una dieta incompleta o desequilibrada producían unos índices negativos muy altos tanto en lo sanitario como en el comportamiento escolar y el rendimiento laboral. Esta situación ha cambiado notablemente en los últimos años como consecuencia de una cierta mejoría general en la economía familiar gracias al trabajo a sueldo que ha sustituido a la mera producción de alimentos para subsistir y a la esforzada labor de los organismos competentes, pero permanece y a veces se agranda la diferencia entre los hispanos y el resto del estado y la nación. La tabla III muestra muy claramente la relación entre los factores económico, étnico y sanitario, referido este último a la mortalidad infantil. Obsérvense las cifras correspondientes al condado de Los Alamos, incrustado en el área

hispana y habitado casi exclusivamente por anglos relacionados directa o indirectamente con la investigación atómica y de un nivel medio muy alto incluso a escala nacional.

TABLA III

Condado	Renta per capita, en dólares, 1960	Porcentaje de población bajo asistencia social	Porcentaje de población con agua corriente	Mortalidad infantil por cada 1.000 niños nacidos vivos	
				1943-47	1958-62
Los Alamos	3,491	0,03	100,0	—	24,3
Lea	2,431	4,11	97,9	48,0	28,6
Bernardillo	2,168	3,25	96,2	76,5	28,2
Doña Ana	2,140	3,44	89,0	78,0	24,3
Chaves	2,011	3,18	96,6	66,1	27,5
Otero	1,964	1,39	94,9	91,6	29,6
Hidalgo	1,876	4,85	92,6	68,5	25,9
Curry	1,768	3,34	98,2	50,3	25,9
Eddy	1,763	3,44	94,0	74,7	29,2
McKinley	1,709	5,47	66,5	139,0	53,1
Luna	1,699	5,45	93,7	57,3	36,6
San Juan	1,693	4,40	78,4	127,3	35,7
Quay	1,588	7,84	91,4	63,7	37,6
Santa Fe	1,569	6,73	92,9	87,7	27,9
Unión	1,543	8,10	87,2	70,4	43,6
Colfax	1,485	7,15	86,3	87,3	37,2
Grant	1,482	4,89	89,6	93,0	31,2
Harding	1,352	8,70	76,8	98,6	45,2
Catron	1,347	6,46	68,9	78,0	42,4
Lincoln	1,325	4,81	86,7	60,2	37,9
Roosevelt	1,285	3,70	95,3	39,0	29,1
De Baca	1,278	7,76	77,5	110,7	36,4
Guadalupe	1,235	13,56	71,6	82,0	51,8
Valencia	1,209	5,07	81,4	102,9	37,7
Sierra	1,155	12,31	88,1	72,4	24,4
Torrance	1,147	10,56	77,5	96,1	42,8
Socorro	1,060	11,51	74,3	87,7	44,4
Río Arriba	890	14,79	44,8	113,0	38,1
San Miguel	825	15,23	68,8	105,1	57,2

Condado	Renta <i>per capita</i> , en dólares, 1960	Porcentaje de población bajo asistencia social	Porcentaje de población con agua corriente	Mortalidad Infantil por cada 1.000 niños nacidos vivos	
				1943-47	1958-62
Taos	799	17,27	46,3	87,2	43,4
Mora	607	18,76	29,5	116,5	45,8
Sandoval	456	10,00	55,9	104,6	40,0
Nuevo México ...	1,810	4,90		85,9	32,6

Resulta muy significativo que cinco de los siete condados de Nuevo México que se consideran como eminentemente hispanos ocupen los últimos lugares de la tabla en cuanto a renta *per cápita*; otro de ellos, Guadalupe, figura con el número 23 de un total de 32 y solamente Santa Fe está en la primera mitad de la tabla, pero ya sabemos que la mayor parte de la población de este condado la compone la propia ciudad de Santa Fe que por ser la capital presenta unas características muy peculiares. A los condados con una renta *per cápita* baja corresponde siempre un alto porcentaje de personas que reciben ayuda oficial para hacer frente a sus necesidades mínimas vitales, así como una proporción muy baja de hogares que disfrutaban de agua corriente. Por último, la mortalidad infantil que era hacia 1940 en el condado de Taos la más alta de los Estados Unidos, descendió espectacularmente en toda la región en los últimos años, pero aún resulta muy alta en comparación con la media nacional que fue en 1960 de 26,0.

No puede ignorarse ante este problema sanitario otra *variable* fundamental como es la *cultura*, entre otras razones: porque la *diferencia cultural* está íntimamente relacionada con el bajo nivel económico de esta población respecto de los anglos o de otros grupos de hispanos más aculturados. Sin embargo, la cuestión que yo quiero subrayar aquí es la que se deriva de la relación entre un sistema de creencias y valores y un nivel sanitario muy bajo que no es posible o que es muy difícil mejorar por el obstáculo que supone dicha variable cultural. Cualquier intento por extender a los hispanos los beneficios de la medicina moderna debe, pues, reali-

zarse sobre la base de un suficiente conocimiento de las creencias y valores que pueden estar en conflicto con el nuevo sistema. Esta necesidad la han percibido claramente las personas e instituciones responsables de la sanidad en el área hispana, como lo prueba el proyecto que se llevó a cabo en el Distrito sanitario núm. 1 de Nuevo México entre 1959 y 1963 y que tuvo como zona de especial atención el condado de Río Arriba. Este proyecto se planteaba el grave problema de la *comunicación* para los profesionales de la medicina que trabajan en esta región y en particular las enfermeras que visitan las aldeas y los ranchos y mantienen un contacto muy directo con la población hispana. Para estos profesionales la comunicación con los enfermos y sus familiares no es solamente un problema lingüístico sino cultural, ya que la diferencia de conceptos y valores hace muchas veces inefectiva toda actividad médica pues los términos en que se establece un diagnóstico, el tratamiento que se recomienda al enfermo y las instrucciones que se dan a los familiares no son comprensibles y, por tanto, no se obedecen las recomendaciones o se interrumpen en cualquier momento.

He aquí un resumen de las creencias relacionadas con la salud y la enfermedad según los resultados de la investigación llevada a cabo dentro del mencionado proyecto:

1) El campesino hispano no comparte la creencia de la enfermera de que son las leyes naturales las que gobiernan la enfermedad y la salud. Este campesino ve sobre todo a Dios como la última causa de la enfermedad y el único Ser con pleno poder para extirparla.

2) Es el mismo paciente quien define si está enfermo o bueno a base de razones subjetivas; si se siente bien y realiza las actividades propias de una persona de su edad y sexo puede rechazar la afirmación de la enfermera de que se encuentra enfermo.

3) Los campesinos tienden a considerar y validar las prescripciones médicas solamente en relación con el paciente; la preocupación por las consecuencias médicas que su enfermedad pueda acarrear a otras personas rara vez es motivo para preocuparse por la propia salud.

4) La medicina profesional es una de las muchas alter-

nativas que el campesino considera adecuadas para tratar la enfermedad; se desea siempre un alivio inmediato de los síntomas y una curación rápida y si esto no se produce es probable que recurra a otros tratamientos y a otras personas, como puede ser un curandero (6).

Consideraciones finales

Los hispanos del norte de Nuevo México constituyen un grupo étnico perfectamente definido por razón de su origen histórico, su lengua española y su religión católica. Su cultura tiene sus raíces en la cultura española trasplantada a América, aunque a lo largo del tiempo se desarrollaron formas peculiares como resultado de la influencia del medio natural, del contacto cultural y físico con la población india y de las circunstancias históricas. En el siglo pasado se introdujo en Nuevo México una población nueva tras la anexión del territorio a los Estados Unidos. Estos anglos redujeron mucho el área hispana que había cubierto gran parte del Suroeste aunque siempre la densidad de población fue muy baja. Sin embargo, la influencia directa y efectiva de los anglos no se dejó sentir en el norte de Nuevo México hasta la década de 1940, fecha en que este reducto hispano entró en una nueva fase de su historia.

Esta población hispana, que no llega a los 100.000 individuos, se define todavía como esencialmente rural de acuerdo con el tamaño de sus comunidades y a pesar de que la mayor parte obtiene hoy sus ingresos en trabajos no agrícolas dentro o fuera de la región; muchas familias mantienen, no obstante, un pequeño terreno donde se cultiva o se crían animales para satisfacer parte de las necesidades familiares. La superioridad numérica de los hispanos y sus solidaridad y lealtad de grupo frente a los anglos les ha permitido hasta ahora dominar en la política a nivel del municipio y del condado por medio del triunfo sistemático de los candidatos hispanos. Pero la situación tradicional está cambiando rápidamente con

(6) *Nurse-Patient Communication: A Manual for Public Health Nurses in Northern New Mexico*. The Bureau of Sociological Research Institute of Behavioral Science, Univ. of Colorado, and the New Mexico State Department of Public Health. 1964.

signo o resultados diversos. Han mejorado sin duda los índices de salud, escolaridad y otros que pueden considerarse positivos, pero la población hispana se reduce constantemente a causa de la emigración forzosa. A pesar de esta disminución las condiciones de empleo no mejoran por la competencia de los anglos que cada año se establecen en la región. La alteración en la composición étnica producirá muy pronto sus efectos en la política regional y los hispanos habrán cedido entonces a los anglos la única esfera de influencia y poder que todavía conservan.

Aparte de las dificultades y adaptaciones que los hispanos experimentan fuera de su región y en especial en las grandes ciudades a las que se ven obligados a emigrar, la población que permanece sufre también los efectos del cambio general. Por otra parte, esta población rural supone un freno para los planes de desarrollo regional y estatal de cuyos beneficios tampoco se aprovecha plenamente; como es frecuente en estos casos, la elevación de ciertos índices socioeconómicos regionales o nacionales aumenta la diferencia existente entre los sectores extremos de la población o se realizan a costa de la emigración de los campesinos, que así no pueden disfrutar de las mejoras introducidas en su propia región. Claramente se deduce de esta situación que el desarrollo y la promoción de la población campesina es, en el fondo, un problema sociocultural además y por encima de sus aspectos estrictamente económicos.

* * *

Los hispanos del norte de Nuevo México son un caso muy interesante de la situación que señalaba en las primeras páginas de este trabajo. Su condición fuertemente rural contrasta con el alto nivel de desarrollo de los Estados Unidos; dentro de este país resulta anómala esta población campesina propia de países no industrializados. Es evidente que este grupo hispano vive un momento crítico de su historia por la intervención de factores nuevos como son la presencia de los anglos y su vinculación a una sociedad nacional de la cual habían estado hasta hace unos años prácticamente aislados.

No puede hablarse en el norte de Nuevo México de un verdadero desarrollo económico e industrial, aunque sí de una cierta concentración de la población en núcleos urbanos. Sin embargo, las corrientes del país han empezado a afectarlos directa e indirectamente y esto es lo importante. La base tradicional de la economía, que era la agricultura y la ganadería, ha dejado de ser efectiva y en interdependencia con el cambio económico y laboral se están produciendo cambios en el sistema sociocultural. Puede decirse que aún la población estadísticamente *rural* (aldeas y ranchos) está dejando de ser *campesina* al sustituir sus valores, creencias, motivaciones y comportamiento general por los correspondientes al mundo urbano-industrial que ahora conoce. Elementos como el vehículo de motor y la televisión, que no faltan hoy en ningún hogar, han roto el aislamiento de la vida rural sin modificar necesariamente el patrón de poblamiento. El lugar de trabajo, la escuela, el hospital, los lugares de compra y de recreo, siguen estando a varios o muchos kilómetros de distancia, pero solamente a unos minutos de viaje por carretera.

Hay que admitir, por tanto, que las nuevas circunstancias han traído una mejoría en el nivel general de vida de los hispanos, pero esta mejoría absoluta queda en gran parte anulada por lo que podría llamarse una situación de privación relativa. En efecto, el nivel muy superior del grupo anglo que ahora vive en su presencia, el conocimiento de niveles todavía más altos en otras zonas del país y la adquisición de nuevos hábitos, valores y apetencias —todos ellos típicos de una sociedad urbana, industrial y de consumo— producen gran frustración en los hispanos. Su pobreza de hoy resulta a veces más insufrible que la pobreza tradicional en su anterior situación de aislamiento. Para colmo, el escaso presupuesto familiar no siempre se emplea en los productos o servicios más necesarios y útiles o las inversiones se realizan sin un mínimo sentido de la previsión.

La problemática de los hispanos en estos momentos es doble. Por una parte, muchos de sus problemas son comunes a todas las sociedades campesinas del mundo que caen bajo la influencia del mismo proceso. En este sentido, cabe citar la alteración de la demografía con sus correspondientes efec-

tos en la organización social, la alteración del sistema de valores, los trastornos en la personalidad del individuo como consecuencia de la ansiedad y la frustración, el aumento de ciertos índices negativos como la delincuencia juvenil, la inestabilidad familiar, etc. Por otra parte, muchos de los problemas de esta fase crítica son propios y característicos de cada grupo en razón de su peculiar cultura y de sus circunstancias históricas. Y es aquí donde el caso de estos hispanos resulta particularmente interesante al producirse el fenómeno de su transformación en un contexto distinto al de las demás poblaciones campesinas de tradición cultural hispánica.

El hecho de que los hispanos de Nuevo México constituyan dentro de su propio país una minoría étnica introduce una variable particular que puede ayudar a precisar la verdadera naturaleza del cambio que se está produciendo en la cultura campesina. Podía pensarse que dichos hispanos están sufriendo un fenómeno de aculturación, es decir, de cambio en su cultura por contacto con una cultura distinta como sería la de los anglos. Pero un análisis más profundo y la comparación con otros grupos campesinos podría mostrar que el cambio es hacia formas universales y propias de esa sociedad urbano-industrial hacia la cual parece marchar el mundo.

Si el contraste entre la cultura tradicional de los hispanos y la cultura de los anglos resulta muy grande ello se debe a que la sociedad norteamericana representa en grado extremo esas formas de vida que tienen su base en el progreso tecnológico y económico. Lo interesante del fenómeno general es que por primera vez en la historia unas mismas influencias —representadas aquí por la sociedad norteamericana— están incidiendo simultáneamente sobre numerosos y distantes grupos campesinos pertenecientes a tradiciones culturales muy diversas. En el caso de los hispanos de Nuevo México la diferencia cultural es mucha, mientras la distancia entre ellos y la fuente de cambios es mínima o inexistente. En otras palabras, a los hispanos les resulta mucho más difícil que a otros grupos escapar de las influencias extrañas y, no obstante, los obstáculos que encuentran para su aceptación y disfrute son mayores debido a su identidad cultural.

Además de las dificultades propias de todo cambio o

adaptación, estos hispanos tienen que resolver el problema de su plena integración a la sociedad nacional. A dicha integración se opone la discriminación ejercida contra ellos por su condición de minoría étnica e incluso el recelo que los mismos hispanos muestran hacia los anglos. Otros obstáculos son más objetivos y su eliminación no depende sólo de la buena voluntad de las partes como ocurre, por ejemplo, con la barrera lingüística y con la dificultad de comunicación en el terreno sanitario.

En cualquier caso, la situación de los hispanos no es nada fácil como consecuencia de su filiación cultural y como la variable étnica está abundantemente representada en las grandes áreas campesinas del mundo, sería conveniente conocer más a fondo sus efectos en relación con el proceso que se viene operando en estas poblaciones. Si se admite que la sociedad campesina se está orientando rápidamente hacia formas socioculturales más o menos universales, resultaría evidente que las vicisitudes y características de cada caso dependen en gran parte de las diferencias y distancias culturales que en un principio separen a cada grupo de esos objetivos finales y comunes. Pero no hay que olvidar, por otra parte, que la dirección de las influencias que se desarrollan dentro de este proceso pueden ser de doble sentido; es decir, que también la tradición cultural de un grupo o área de población campesina puede influir el curso de unos fenómenos económicos que aparecen como los responsables más inmediatos de su transformación, con lo cual habría que reconocer una vez más la importancia de los factores culturales en todo proceso humano.

*Seminario de Antropología Americana.
Universidad de Sevilla.*